

La Virgen del Pilar se viste para el combate. La movilización religiosa en la Zaragoza de retaguardia (1936-1939)

“La Virgen del Pilar dijo,
Que no sería francesa,
¡Con que 'pá' que sea rusa
Con la gentecica esa!”¹

Una de las interpretaciones más originales y atrevidas de la Guerra Civil ha sido su reconceptualización como guerra de religión. La historiografía tradicional había destacado este elemento como un anacronismo producto del fanatismo y de la barbarie que debía de ser entendido en clave de instrumentalización y legitimación. Sin embargo, para Mary Vincent, la Cruzada aparece más bien como un estado de ánimo, un fervor moral que contribuyó a la violencia y que vino más bien desde la base de la población. Esta euforia religiosa estaba relacionada con la interiorización de toda una serie de campañas para preservar o «salvar» a la católica España.²

Esta caracterización religiosa de la guerra no resulta para nada excepcional y encontramos casos similares en la Francia de la Primera Guerra Mundial. Así, Robert Hertz, amigo del sociólogo francés Maurice Halbwachs, le confesaba a su mujer desde el frente “no habría imaginado hasta que punto, incluso esta guerra moderna, industrial y científica, está llena de religión”.³ Fue el sugerente estudio de Annette Becker el que calificó este enfrentamiento de guerra de religión reutilizando las palabras de Jacques Rivière, prisionero en Alemania y convertido al catolicismo desde 1913: “se hace la guerra por una cierta manera de ver el mundo. Toda guerra es una guerra de religión. ¿Quién no estará listo para dejarse matar antes que aceptar ver el bien y el mal, lo bello y lo feo, como lo ven nuestros enemigos?”.⁴

La conflagración de 1914 fue construida por los contemporáneos como una guerra de religión en la que habría un catolicismo patriota, una construcción del enemigo como sacrílego, una idea de la buena muerte a través de la imitación de Cristo en el martirio, la sublimación

¹ *El Noticiero* (en adelante EN), número fiestas del Pilar, 11.10.1936.

² Mary Vincent, “La Guerra Civil española como guerra de religión”, *Alcores*, nº 4, 2007, pp. 57-73.

³ Citado en Annette Becker, *Maurice Halbwachs. Un intellectuel en guerres mondiales 1914-1945*, París, Agnès Viénot, 2003, pp. 263-264.

⁴ Citado en Annette Becker, *La Guerre et la Foi. De la mort à la mémoire. 1914-1930*, París, Armand Colin, 1994, p. 15.

del dolor e incluso, la conversión.⁵ En paralelo, surgiría toda una religión de guerra en la que los combatientes y sus familias invocaban la intercesión de santos nacionales (como Teresa de Lisieux o Juana de Arco), de la Virgen y del Sagrado Corazón; llevaban medallas con su efigie y les ofrecían exvotos en agradecimientos de curaciones. De esta manera, se creaba el ambiente propicio para una percepción milagrosa de la guerra en la que las victorias cabían ser atribuidas a la intercesión de algún santo y las derrotas eran relacionadas con castigos providenciales.⁶

Este fervor religioso favoreció la percepción de la Guerra Mundial como una cruzada toda vez que el sentimiento patriótico neutralizaba cualquier forma de vinculación internacionalista (socialista, católica, protestante...). El lenguaje religioso en claro sincretismo con el patriótico saturó el discurso político durante aquellos años. De hecho, “unión sagrada” fue el nombre que se dio al movimiento de las diferentes fuerzas religiosas y políticas francesas contra Alemania. Este nombre proviene del discurso del presidente de la República Raymond Poincaré, el 4 de agosto de 1914, en el que invitaba a todos los franceses a superar sus diferencias “en una misma indignación contra el agresor y en una misma fe patriótica”.⁷

En la Guerra Civil española, esta dimensión religiosa se percibe con más fuerza que en la Primera Guerra Mundial. Durante el conflicto, incluso la violencia contra los miembros de la Iglesia tomó la apariencia de complicados rituales que convertían esta violencia en un fenómeno social, político pero también metafísico.⁸ Entre 1936-1939 encontramos

⁵ Ver *Ibidem*, pp. 46-55. No es casual, por otro lado, que esta generación de intelectuales convertidos al catolicismo asocie la decadencia a los ataques contra la religión, vinculen la edad de oro con el pasado medieval francés, defiendan el orden social y una forma monárquica de gobierno. Ver Frédéric Gugelot, *La conversion des intellectuels au catholicisme en France 1885-1935*, París, CNRS, 1998, para las conversiones por la guerra pp. 37-44 y para el carácter monárquico, conservador y nacionalista de algunas de las conversiones ver pp. 386-414.

⁶ Ver Annette Becker, *La Guerre et la Foi...*, *op.cit.*, pp. 57-101. Además, este extraordinario dinamismo dará lugar a un breve despertar religioso que mostrará una descristianización todavía superficial. *Ibidem*, pp. 94-101. Para la idea de religión de guerra ver Stéphane Audoin-Rouzeau y Annette Becker, *14-18, Retrouver la guerre*, París, Gallimard, 2000, p. 135.

⁷ La idea de cruzada en Stéphane Audoin-Rouzeau y Annette Becker, *14-18...*, *op.cit.*, pp. 107-195. Para la Unión sagrada ver Jean-Pie Lapiere y Philippe Levillain, “Laïcisation, union sacrée et apaisement (1895-1926)” en Jacques Le Goff y René Rémond (dir.), *Histoire de la France Religieuse. Tomo 4. Société sécularisée et renouveau religieux (XXe siècle)*, París, Seuil, 1992, pp. 11-128, para la Primera Guerra Mundial y la movilización católica ver pp. 116-122

⁸ Los anticlericales no se limitaron a destruir sino que también querían reconstruir. Ver Mary Vincent, “«The keys of the kingdom»: religious violence in the Spanish civil war, July-August 1936”, en Chris Ealham y Michael Richards (eds.), *The Splintering of Spain. Cultural History*

discursos mesiánicos, cruzadas, milagros o santos nacionales que intervienen en el combate.⁹ La sublevación militar fue acogida por una parte de la población con una actitud que rayaba en lo fanático.¹⁰ Tras los primeros momentos de incertidumbre por la respuesta de las autoridades militares y civiles, y al ver que el golpe de estado había triunfado en sus localidades salieron a celebrarlo con misas, rogativas y rosarios. Imbuidos por los valores de la cultura política nacionalcatólica, se dejaron llevar por un estado de euforia religiosa que atribuía a la guerra un carácter providencial y conceptualizaba la violencia en términos religiosos de purificación y expiación por los pecados de la República. En estos términos, el arzobispo de Zaragoza, Rigoberto Domenech dijo en la bendición del sanatorio de la Cruz Roja, “la violencia no se hace en servicio de la anarquía sino lícitamente en beneficio del orden, la Patria y la Religión”.¹¹

Durante los primeros momentos, “no fueron los sublevados quienes solicitaron adhesión de la Iglesia sino que fue ésta la que muy pronto se les entregó en cuerpo y alma”.¹² Su posicionamiento es anterior a la persecución religiosa de julio y agosto de 1936, “los bloques son previos y previa es la implicación del clero y las masas católicas en Navarra y Castilla y León, sobre todo”.¹³ A excepción del caso navarro, los bandos del pronunciamiento militar no hicieron referencia a la Iglesia, prevaleciendo más bien los argumentos anticatalanistas y anticomunistas. Así, fue más bien este fervor religioso junto con el apoyo de unos prelados que no tardaron mucho en perder sus cautelas los que reorientaron el sentido del pronunciamiento hacia

and the Spanish Civil War, 1936-1939, Cambridge, Cambridge University Press, 2005, pp. 68-89.

⁹ Ver, por ejemplo, el papel destacado que tiene la religión con invocaciones a Cristo Rey o expresiones tales como “España será de Cristo” en la correspondencia y diarios de los combatientes del bando insurgente. Ver Xosé M. Núñez Seixas, *¡Fuera el invasor! Nacionalismos y movilización bélica durante la guerra civil española (1936-1939)*, Madrid, Marcial Pons, 2006, pp. 219-227.

¹⁰ Michael Richards, *Un tiempo de silencio. La guerra civil y la cultura de la represión en la España de Franco, 1936-1945*, Barcelona, Crítica, 1999, p. 18.

¹¹ Citado en Julia Cifuentes Chueca y Pilar Maluenda Pons, *El Asalto a la República. Los orígenes del franquismo en Zaragoza (1936-1939)*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 1995, p. 131.

¹² Hilari Raguer, *La pólvora y el incienso...*, *op.cit.*, p. 84. El paso de una actitud pasiva a una plenamente activa del clero en apoyo de los sublevados ya fue visto por Guy Hermet, *Les catholiques dans l'Espagne Franquiste. Volume 1. Les acteurs du jeu politique*, París, Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, 1980, p. 15.

¹³ Alfonso Álvarez Bolado, *Para ganar la guerra, para ganar la Paz*, Madrid, Universidad Pontificia Comillas, 1995, p. 36. Esta idea de que los argumentos que llevaron a la insurrección contra la República estaban ya presente en 1931 ha sido desarrollada en Javier Ugarte Telleria, *La nueva Covadonga insurgente. Orígenes sociales y culturales de la sublevación de 1936 en Navarra y el País Vasco*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1998, p. 229-294.

la Cruzada.¹⁴ Independientemente de los textos del alzamiento, este compromiso no hace sino mostrar el vigor de la cultura política y su fuerte anclaje popular ya que aunque el componente católico no fuera explicitado por los golpistas si que lo fue por los que apoyaron la sublevación.

Además, esta guerra constituyó el mayor episodio nacionalizador de la historia de España, el conflicto fue calificado de nacional, los contendientes se reivindicaron como españoles mientras que sus enemigos eran definidos como la anti-España.¹⁵ Lo que unía a los golpistas era la voluntad de erradicar a esa odiada némesis y la concepción del catolicismo como la matriz esencial de la identidad nacional española, auténtico espíritu nacional. Para ello, recurrían a imágenes del pasado tan típicas de la cultura nacionalcatólica como la Reconquista, la conquista de América o la Guerra de la Independencia.¹⁶ Ambas vertientes, nacional y religiosa confluyeron en la temprana exaltación de la Virgen del Pilar como uno de sus baluartes.

El golpe de estado había generado un clima de exaltación religiosa en Zaragoza. Tras el 18 de julio, el primer editorial del *Noticiero* era para pedir a Dios y la Virgen del Pilar que velaran por la Patria.¹⁷ Desde ese día, la basílica se llenó de gente que rezaba rosarios por las actuales necesidades de España. La jerarquía eclesiástica había dejado la iniciativa a los laicos y la prensa exaltaba la unidad de España ante el Pilar. A los pocos días de que el golpe se consolidara en Zaragoza, llegó la festividad de Santiago, una oportunidad perfecta para imprimir al levantamiento un carácter nacionalcatólico a través de uno de los símbolos más potentes de esta cultura política. Así, los Caballeros de Nuestra Señora del Pilar convocaron una misa y comunión general en el templo del Pilar para pedir a Dios por las necesidades de España.¹⁸ De

¹⁴ Ver Hilari Rager *La pólvora y el incienso. La Iglesia y la Guerra Civil española (1936-1939)*, Barcelona, Península, 2001.

pp. 65-100; Alfonso Álvarez Bolado, *op.cit.*, pp. 19-81 y Xosé M. Núñez Seixas, *¡Fuera el invasor! Nacionalismos y movilización bélica durante la guerra civil española (1936-1939)*, Madrid, Marcial Pons, 2006, pp. 177–189.. Para la denominación de la Guerra Civil como Cruzada ver José Andrés Gállego, *¿Fascismo o Estado católico? Ideología, religión y censura en la España de Franco, 1937-1941*, Madrid, Encuentro, 1997, pp. 15-35.

¹⁵ Ismael Saz, *España contra España. Los nacionalismos franquistas*, Madrid, Marcial Pons, 2003, p. 158. Esta línea de análisis ha sido desarrollada en Xosé M. Núñez Seixas, *¡Fuera el...*, *op.cit.*

¹⁶ *Ibidem*, p. 212-244. Para el uso de la Guerra de la Independencia durante el conflicto ver Ignacio Peiró Martín, *La Guerra de la Independencia y sus conmemoraciones (1908, 1958 y 2008)*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2008, pp. 117-125

¹⁷ *EN*, 23.07.1936.

¹⁸ *EN*, 24.07.1936.

esta manera, el 25 de julio constituyó una ocasión perfecta para subrayar la idea de Guerra Santa a través de una liturgia de masas y una simbología nacionalcatólica.¹⁹

La víspera de esta celebración llegó una columna de 1600 requetés que se dirigían a Madrid. Su presencia en estos actos sirvió para acentuar todavía más esta imagen de la Guerra Civil como Guerra Santa. Para los católicos zaragozanos, este escuadrón de voluntarios aparecía como un ejército de cruzados que portaban medallas e imágenes de la Virgen o del Sagrado Corazón de Jesús junto a la bandera española.²⁰ Junto con las dos margaritas (mujeres carlistas) y sus catorce capellanes se dirigieron al Pilar, “algunos pasaron sus boinas por el manto de la Virgen y otros encendieron velas”. El articulista de *El Noticiero* no podía dejar de congratularse y les decía:

“¡Bienvenidos seáis, requetés de Navarra a la siempre Heroica e Inmortal Ciudad de Zaragoza! La Pilarica, la Virgen chiquita, morena y española os guiará en el camino de la redención de la Patria. Id a adorarla, y al besar su Santo Pilar elevad el corazón a Dios en súplica de que ilumine a tanto compatriota confundido y conceda las delicias de su presencia a los mártires de la Patria”.²¹

El 29 de julio de 1936, estos requetés marcharon hacia la catedral de la Seo para recoger la imagen del Pilar que había sido retirada en 1932 y cuya restitución había votado el Ayuntamiento. La reposición de su imagen en el consistorio el 31 de julio fue el primer acto público de las autoridades golpistas desde que triunfara la insurrección. Allí estaban el alcalde López de Gera, el presidente de la audiencia, el fiscal, el presidente de Acción Popular, Falange, Acción Ciudadana o el diputado Jesús Comín en traje de requeté. En una ceremonia repleta de vivas a España, al Pilar y a Cristo Rey, el alcalde colocó la imagen en el

¹⁹ En Pamplona, además se celebró una gran misa de campaña para consagrar el Requeté al Sagrado Corazón de Jesús. Para estas ceremonias ver Javier Ugarte Tellería, *La nueva Covadonga insurgente. Orígenes sociales y culturales de la sublevación de 1936 en Navarra y el País Vasco*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1998, pp. 182-187. Para el uso de este tipo de simbología entre los carlistas ver también Francisco Javier Caspistegui: “Spain's Vendée: Carlist Identity in Navarre as a mobilising model”, en Chris Ealham y Michael Richards (eds.), *The Splintering of Spain. Cultural History and the Spanish Civil War, 1936-1939*, Cambridge, Cambridge University Press, 2005, pp. 177-195, especialmente pp. 183-186.

²⁰ Resulta interesante notar que a pesar de que hasta el 29 de agosto de 1936 no fuera adoptada oficialmente la bandera bicolor, los partícipes del levantamiento interpretaron desde un primer momento que ésta sería su insignia nacional. Rafael Cruz, “Old symbols, new meanings: mobilising the rebellion in the summer of 1936”, en Chris Ealham y Michael Richards (eds.), *op.cit.*, pp. 159-176. Para la historia de esa columna ver Javier Ugarte Tellería, *op.cit.*, p. 297.

²¹ *EN*, 25.07.1936.

consistorio y mandó recoger flores para colocarlas en el altar. Tras la ceremonia en el Ayuntamiento marcharon a la Santa Capilla donde uno de los capellanes de los requetés pronunció un discurso en el que aludió a la guerra como una “gran cruzada de la Fe y la Hispanidad”.²²

De esta manera, mientras la violencia física eliminaba a los enemigos del nacionalcatolicismo, la violencia simbólica, de una manera silenciosa pero igualmente brutal, borraba los trazos de la Segunda República para someter a la población a su propia visión del mundo.²³ El tiempo y el espacio de la retaguardia se saturaron de ceremonias religiosas que no sólo imponían su particular lectura de la guerra sino que también afianzaban un proyecto nacionalcatólico de España.

Estos últimos días de julio habían servido para articular la retaguardia zaragozana y agitarla con un mensaje religioso de tonalidades mesiánicas. Es en este contexto en el que debe comprenderse la reacción de los zaragozanos frente al bombardeo del Pilar. La madrugada del día 3 de agosto, según cuenta los testimonios locales, un avión camuflado bajo la bandera bicolor dejó caer tres bombas, dos de ellas dentro de la basílica y la otra en la plaza. El acontecimiento fue interpretado en clave sobrenatural ya que ninguna de ellas explotó y la que cayó en la plaza hizo una “huella en forma de cruz”. Pronto se escucharon por la ciudad gritos de “milagro, milagro, la Virgen nos protege”.²⁴ Todo ello, contribuyó sin duda a una interpretación religiosa de la guerra, y así, *El Noticiero* hablaría de este conflicto como “la guerra de los milagros”.²⁵

El bombardeo del Pilar en agosto de 1936 y la destrucción del monumento al Sagrado Corazón en el Cerro de los Ángeles tuvieron una

²² *EN*, 30.07.1936 y 31.07.1936. Para la actitud de la iglesia zaragozana durante estos primeros momentos ver Julia Cifuentes Chueca y Pilar Maluenda Pons, *El Asalto a la República. Los orígenes del franquismo en Zaragoza (1936-1939)*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 1995, pp. 130-132.

²³ Para la idea de violencia simbólica. Ver Pierre Bourdieu, *La dominación masculina*, Barcelona, Anagrama, 2007, pp. 12 y 49-59; e *Id.*, “Sur le pouvoir symbolique”, *Annales. Économies, Sociétés, Civilisations*, nº 3, 1977, pp. 405-411, especialmente pp. 408-409.

²⁴ Emilio Colás Languía, *La gesta heroica de España: el movimiento patriótico de Aragón*, Zaragoza, Heraldo de Aragón, 1936, p. 71

²⁵ El texto pertenece al editorial consagrado a las fiestas del Pilar de dicho periódico. Además, incluye un artículo del alcalde Miguel López de Gera titulado “Octubre del Milagro” donde se hace similar interpretación de la protección de la Virgen ante las fuerzas del infierno. *EN*, 11.10.1936. Es frecuente en la prensa de la época encontrar hechos calificados de milagros como la curación del enfermo crónico Clemente Catalán de Calamocha o soldados salvados de la muerte por intercesión de la Virgen. Ver por ejemplo *EN*, 1.10.1936.

importancia capital para la legitimación religiosa de la Guerra Civil.²⁶ De hecho, la relevancia “de esa movilización religiosa, de esa liturgia que creaba adhesiones de las masas en las diócesis de la España “liberada”, animó a los militares a adornar sus discursos con referencias a Dios y a la religión”.²⁷ La imagen del bombardeo fue utilizada con tal profusión que a finales de los sesenta todavía era frecuente encontrarse la litografía de los aviones bombardeando el templo.²⁸

Los actos de desagravio se canalizaron de manera colectiva y siguieron un patrón de protesta muy similar al expresado durante la República. Se formaron largas colas para besar el Pilar, las vendedoras del mercado, Acción Ciudadana del barrio de San Carlos y otros colectivos compraron ramos de flores para la Virgen. El Alcalde se dirigió a los aragoneses para que pidieran “ante la imagen la salvación de España y la confusión de sus enemigos, y al General de la V División el exterminio de los culpables”. El futuro presidente de la Diputación provincial Miguel Allué Salvador proponía en un artículo en *El Noticiero* que se celebrara “en lo sucesivo aniversario de este prodigio con que la Virgen del Pilar ha querido ratificar su promesa firme de ser Capitana insigne de la tropa aragonesa”. Aquel mismo periódico cerraba un artículo titulado “La pagarán, los rufianes” donde dentro de esta cultura política nacionalcatólica del pasado utilizaría la omnipresente Guerra de la Independencia para exaltar al combate contra la República:

“La excelsa Patrona de Aragón que en 1808 tornó inofensivas las granadas francesas, ha hecho ineficaces en 1936 las espoletas que habían de prender fuego a la carga de los horribles artefactos caídos sobre nuestro primer templo mariano.

Por este verdadero milagro de Nuestra Señora del Pilar los daños materiales son exiguos; y por el contrario son grandes los bienes morales”.²⁹

²⁶ La importancia de este bombardeo en la legitimación religiosa de la guerra civil ha sido recientemente puesta de manifiesto en Xosé M. Núñez Seixas, *¡Fuera...!*, *op.cit.*, pp. 187-188, Hilari Ragner, *op.cit.*, pp. 104-105, Rafael Cruz, “Old symbols...”, *op.cit.*, pp. 159-176; Mary Vincent, *Catholicism...*, *op.cit.*, pp. 249-250 y Julián Casanova, *La Iglesia...*, *op.cit.*, pp. 53-64, especialmente p. 57. Desde el comienzo de la guerra, ninguno de los tres prelados aragoneses se mostró reticente a la hora de apoyar al nuevo estado y el bombardeo del Pilar fue el pretexto que todos esperaban. Ver Ángela Cenarro Lagunas, *Cruzados y camisas azules. Los orígenes del franquismo en Aragón, 1936-1945*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 1997, pp. 203 y ss.

²⁷ *Ibidem*, p. 62.

²⁸ William A. Christian, *Religiosidad popular. Estudio antropológico en un valle español*, Madrid, Tecnos, 1978, pp. 70-71.

²⁹ *EN*, 4.08.1936.

El Cabildo acordó solicitar de la autoridad militar las bombas para colocarlas en el museo en memoria del bombardeo y del “movimiento patriótico militar”.³⁰ Unos días después, el 17 de agosto, se colocaría una cruz con la fecha del bombardeo en el lugar de la plaza donde se estrelló uno de los proyectiles. Inmediatamente, casi superponiéndose a los acontecimientos, las autoridades religiosas, militares y civiles preparaban ya su conmemoración como agresión que exigía una violenta *vendetta* y legitimaba todo lo ocurrido desde el 18 de julio de 1936.

El tiempo de la Zaragoza de retaguardia se saturó de actos y símbolos religiosos. Casi todos los días había algún acto de desagravio ya fuera de los vecinos de Épila, las juventudes de Renovación española o un desfile de Requetés con Mola.³¹ Por su marcado carácter simbólico destacaría la ceremonia del 15 de agosto por la que se colocaba a la Virgen el manto con las insignias de Capitán general del ejército. La imagen del Pilar se vestía definitivamente para el combate.³²

Los discursos que acompañaron a dichas ceremonias contribuyeron a afianzar la representación de la Guerra como Cruzada. Así, en uno de los medios privilegiados para galvanizar a la población, la radio, Santiago Guallar recurría a otro elemento central de esta cultura de guerra, la sangre como elemento que sellaría el pacto violento con la causa franquista:

“el ejército y el pueblo español unen su sangre a la sangre de los cruzados, a los torrentes de sangre derramados por España en sus luchas seculares contra los enemigos de la civilización cristiana añadiendo un nuevo y áureo eslabón a esta cadena roja de sacrificios que nuestra Patria, la gran mártir y la gran sacerdotisa de la historia ha realizado en defensa de los grandes ideales de la humanidad”.³³

Además de estos diversos actos de desagravio, desde el 5 de agosto de 1936, la prensa local comenzó a publicar la gran cantidad de telegramas de adhesión que llegaban a todas las instituciones zaragozanas: Ayuntamiento, Diputación Provincial, Gobernación, Cabildo, Arzobispado... Durante varios meses no pasaba un día sin que apareciesen en los periódicos referencias a ceremonias de desagravio y

³⁰ Reproducida en Isidoro Miguel García (coord.), *Testigos de nuestra fe. La persecución religiosa en la Archidiócesis de Zaragoza (1936-1939)*, Zaragoza, Fundación Teresa de Jesús, 2008, pp. 400-401.

³¹ *EN*, 8.08.1936; 9.08.1936; y 11.08.1936.

³² *EN*, 16.08.1936.

³³ *EN*, 18.09.1936. Para el concepto de cultura de guerra, ver Stéphane Audoin-Rouzeau, “Les cultures de guerre”, en Benoît Pellistrandi y Jean-François Sirinelli (dir.), *L'histoire culturelle en France et en Espagne*, Madrid, Casa de Velázquez, 2008, pp. 289-299.

otros actos religiosos. En el Gobierno Civil se recibieron unas cien misivas entre el 3 de agosto y el 15 de septiembre de 1936.³⁴ Si bien la mayor parte de ellas provienen de los ayuntamientos aragoneses, esta correspondencia nos ofrece un panorama de los valores que impulsaron al bando franquista así como de la difusión y articulación de los mismos por la geografía aragonesa.

La caracterización de los autores del atentado conforma una definición en negativo de lo que debe ser España. Los dos rasgos más repetidos en todas las misivas fueron los de marxistas y catalanes. Dentro de esta lectura patriótica de la guerra, el golpe de estado pretendería salvar a España del invasor ruso.³⁵ En esta cultura política, nada habría peor que el carácter antipatriota de los catalanes que siendo españoles renegaban de su españolidad, entroncando con las peores tradiciones heterodoxas descritas por Menéndez Pelayo. El debate sobre el Estatuto de Cataluña había generado una ola de protestas de los sectores conservadores entre mayo y junio de 1932 que culminó en la exaltación de un regionalismo aragonésista y anticatalanista.³⁶ Este rechazo no sólo al catalanismo sino también a los catalanes supuso un punto de acuerdo entre los sublevados y afectó evidentemente al discurso de la Iglesia como parte del bando “nacional”.³⁷

Algunas cartas de protesta hacían referencia exclusivamente a la responsabilidad de los catalanes (“de la Generalidad de Cataluña”, “las hordas catalanas”, “la canalla catalana” o “apóstatas afiliados a la Generalidad”).³⁸ Así, como señalaba el Ayuntamiento de Letux el ataque fue realizado por “esos desalmados, cobardes y criminales antiespañoles llamados catalanes”. Otros prefirieron hacer referencia a la otra cara de la moneda al destacar que los autores eran “las bandas salvajes del

³⁴ Las cartas se conservan en Archivo del Gobierno Civil de Zaragoza, AG3, Exp. 4. Otras instituciones zaragozanas recibieron también protestas por el bombardeo como es el caso de la Diputación Provincial de Zaragoza ver Archivo de la Diputación Provincial de Zaragoza (en adelante A.D.P.Z.), Diputación Central, Gobernación, 1668-192.

³⁵ Xosé M. Núñez Seixas, *op.cit.*, pp. 180-189 y 245-261.

³⁶ Luis German Zubero, *Aragón en la II República. Estructura económica y comportamiento político*, Zaragoza, Institución “Fernando el Católico”, 1984, pp. 193-198.

³⁷ Hilari Raguer, *op.cit.*, pp. 70-75.

³⁸ Los ayuntamientos y alcaldías de Letux, Longas, Baños de Fitero, Godojos, Brea de Aragón, Chodes, Broto, Alhama de Aragón, Moncayo, Perejil, Paracuellos Rivera, Sos, San Mateo de Gállego, El Frago, Lituénigo, Gúrrea de Gállego, Artieda, Vistabella, Cerveruela, Undués de Lerda, Alfinden, Cervera, El Frasnó, Ores y Salillas del Jalón; además de una carta de Luís Justo y Morana de Moros. Todas las cartas mencionadas en adelante se encuentran desordenadas en Archivo del Gobierno Civil de Zaragoza, AG3, Exp. 4.

comunismo y demás enemigos de la España”.³⁹ Finalmente, estarían aquellos que utilizarían ambas definiciones o los sintetizarían en “enemigos de la patria” o “antipatriotas separatistas”.⁴⁰ Algunas de las cartas pedirían venganza contra Cataluña por las ofensas inferidas, dejando de consumir sus productos o de una manera mucho más violenta, pidiendo que se les expulse y “aniquile por no ser dignos de ostentar el glorioso nombre de español” (alcaldía de Santa Eulalia de Gállego).

Con respecto a los aspectos autorreferenciales, los autores al igual que en 1932 volvieron a privilegiar las identidades regionales, nacionales y católicas. Sin embargo, esta exaltación nacionalista fue más allá, el lenguaje se saturó de referencias patrióticas lo que se observa perfectamente en la proliferación de fórmulas de despedida o saludo como “arriba España”. Basta comparar cualquier tipo de correspondencia antes y después del 18 de julio para observar ese momento de intensidad de los procesos nacionalizadores durante la Guerra Civil. El nacionalismo saturó todas las expresiones de la vida cotidiana, había una especie de necesidad de demostrar lo católico y español que se era.⁴¹ Por ello, las protestas estaban llenas de vivas al Pilar, a España, a Aragón o a las “fuerzas Salvadoras de la Patria”.

En las protestas por el bombardeo del Pilar sorprende la ausencia de uno de los sujetos que más activos se había mostrado en la movilización católica del primer tercio del siglo XX: las mujeres. Con la brutal clausura del mundo político por el golpe de estado desaparecía uno de los ámbitos donde más desarrollo había tenido su actividad. Por otro lado, la imbricación de la Iglesia en la construcción del nuevo régimen eliminó muchas de las tensiones existentes con el estado liberal que habían estado en el origen de la participación de la mujer en política. Asimismo, el franquismo supuso la derogación de toda la legislación republicana que contuviera una propuesta aperturista y democratizadora para la población femenina, el desarrollo de políticas natalistas así como la reorganización de los roles y espacios en función del género.

Sin embargo, esta vuelta al hogar no supuso una desmovilización de las mujeres católicas sino más bien todo lo contrario. La Acción

³⁹ Ayuntamiento de Torralba de los frailes (23-8-36) y de Encinacorba (19-8-36).

⁴⁰ Entre ellos los ayuntamientos de Pinseque, Alarba, Clares de Ribota, Pozuelo de Aragón, Santa Eulalia de Gállego o Ariza.

⁴¹ Ismael Saz Campos, *España contra España...*, *op.cit.*, p. 158.

Católica de la Mujer fue la única organización femenina permitida junto con una Sección femenina de Falange que fracasó a la hora de atraer el interés de las mujeres de clase media. Desde esta posición de poder, la Acción Católica de la Mujer supo construir una tupida red organizativa femenina en toda la geografía española. El desarrollo de labores de tipo piadoso, caritativo o moralizador adquirió especial importancia en estos años de posguerra como elementos estrechamente vinculados a la imposición del nuevo orden social sobre los vencidos. De esta manera, las mujeres de la Acción Católica continuaron desarrollando su labor fuera del hogar aunque fuera paradójicamente con el objetivo de mantener a la mujer dentro del mismo.⁴²

En la retaguardia, esta labor de recristianización pasaba por el restablecimiento de costumbres y actos devocionales para que “digan a nuestros soldados que aquí, junto a ese «Pilar chiquitico» que sostiene Zaragoza y que es capaz de sostener el mundo entero, hay muchos corazones grandes que rezan con fervor para que ellos venzan, y España vuelva a ser la España Grande, que tuvo siempre, hasta en los más apartados lugares, un santuario para María Santísima. La España donde el Corazón de Jesús ofreció reinar”.⁴³ Las campañas femeninas siguieron íntimamente relacionadas con la devoción a la Virgen del Pilar como en el artículo firmado por “una aragonesa” en el que se interpelaba a la “¡Mujer católica! ¡Mujer española! En campaña desde hoy, para conseguir con la modestia en el vestir, que triunfe pronto la santa causa de nuestra España. ¡La Virgen del Pilar te lo pide! ¡hazlo por Ella siquiera!”.⁴⁴ Por último, además de las oraciones y las campañas de moralidad, se invocaría a la Virgen en la exaltación de la mujer como madre de los soldados, esa madre que pide por la Virgen del Pilar el “triumfo definitivo de España sobre la Anti-España”.⁴⁵

⁴² Ver Inmaculada Blasco Herranz, *Armas femeninas para la contrarrevolución: la sección femenina en Aragón (1936-1950)*, Málaga, Atenea/Universidad de Málaga, 1999; *Id.*, “Organizaciones femeninas católicas durante la posguerra: el caso de Zaragoza”, en Miguel Ángel Ruíz Carnicer y Carmen Frías Corredor, *Nuevas tendencias historiográficas e historia local en Aragón*, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, 2001, pp. 205-216; e *Id.*, *Paradojas de la Ortodoxia. Política de masas y militancia católica femenina en España (1919-1939)*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2003, pp. 295-322.

⁴³ *EN*, 5.08.1936.

⁴⁴ *EN*, 26.08.1936,

⁴⁵ Ver la carta publicada de la madre aragonesa Raimunda que le envía a su hijo Melchor Bueno desde Sos del Rey Católico en la que dice “Yo pido y pediré mucho por ti a la Santísima Virgen del Pilar. ¡Dios quiera que no esté lejano el día del triunfo definitivo de España sobre la Anti España! [...] ¡Adiós, hijo mío! ¡Viva España! ¡Viva la Virgen del Pilar! y ¡Viva el Ejército español libertador de España y los oficiales del Parque! te abraza fuertemente tu madre que no te olvida”. *EN*, 20.09.1936.

Esta temprana movilización religiosa se vio beneficiada por la propia liturgia católica. Si al poco del golpe, la fiesta de Santiago dio un primer impulso y las ceremonias de desagravio por los atentados contra el Pilar y el cerro de los Ángeles consolidaron esta impronta religiosa fue septiembre con lo que se ha venido en llamar “la movilización de las vírgenes” la que llevó esta exaltación nacionalcatólica a su mayor expresión.⁴⁶ Así, durante este mes se celebraban un gran número de fiestas marianas como la Natividad de Nuestra Señora, el Nombre de María o los Siete Dolores de la Virgen. Este periodo de exaltación religiosa se prolongó durante octubre, mes del rosario y sobre todo de la festividad del Pilar.⁴⁷ De esta manera, el calendario litúrgico así como la temprana colaboración de los eclesiásticos favoreció la atribución de un sentido religioso a la Guerra Civil.

Las primeras fiestas del Pilar desde el comienzo de la guerra iban a estar marcadas por uno de los acontecimientos bélicos más importantes entre los construidos simbólicamente por el régimen, la toma del Alcázar de Toledo. El Ayuntamiento, que había decidido convidar a las autoridades de la Junta Nacional de Burgos, amplió su invitación a estos militares para “todos unidos dar gracias a nuestra amantísima madre la Virgen del Pilar por haber liberado a esos héroes patriotas del cerco en que les tenían las hordas salvajes al servicio de Moscú”.⁴⁸ Franco respondió al telegrama en el mismo código cultural para subrayar lacónicamente como “los defensores del Alcázar Toledo no olvidaron ejemplo que Zaragoza dio en Guerra Independencia”.⁴⁹

Así, al igual que ocurrió durante las campañas en el Rif, el Pilar se convirtió en un lugar perfecto para homenajear al ejército. Resulta frecuente encontrar en la prensa la exaltación de la figura devocional del soldado arrodillado ante el Pilar orando en cuya mirada “se nota la petición del patriota que ruega por España, que pide la protección divina para aplastar al enemigo de Dios y de la Patria”. Allí, junto a mujeres rezando, se reproducen aquellas imágenes de aquellos que “lograron derrocar la potencia del coloso francés” y es que, desde 1808 “no ha sido testigo el Pilar de las escenas que ahora estamos

⁴⁶ Álvarez Bolado ha destacado la importancia que tiene junto con la temporalidad de la guerra, los tiempos litúrgicos y el compás romano. Alfonso Álvarez Bolado, *op.cit.*, p. 24 y para la movilización de las vírgenes ver p. 43.

⁴⁷ *Ibidem*, p. 45

⁴⁸ Archivo Histórico Municipal de Zaragoza (en adelante A.H.M.Z.), Gobernación, Varios, caja 3881, exp. 4477 y exp. 4503.

⁴⁹ EN, 30.09.1936.

presenciando”.⁵⁰ Además de los militares, las mujeres o las juventudes católicas rezando ante el Pilar durante sus fiestas, llama la atención el homenaje de Falange al completo (las flechas, sección femenina y delegaciones de todas las provincias de España) a la Virgen para agradecerle su protección.⁵¹

En paralelo, Francisco Franco culminaba su proceso de ascenso personal con su nombramiento como jefe de estado el 1 de octubre de 1936. A pesar de sus avances en el norte, los rebeldes habían sufrido series reveses en sus intentos por tomar la capital con las batallas de Madrid (8 de noviembre de 1936), Jarama (6-24 de febrero de 1937) y Guadalajara (8 al 18 de marzo de 1937). Así, con todo el poder en sus manos y la situación de guerra estabilizada, el dictador reforzó todavía más esta línea de legitimación simbólica de carácter religioso.⁵² El celebrado “caudillo providencial” inició una secuencia litúrgico devocional que le llevaría entre mayo y julio de 1937 a repetir el juramento del cerro de los ángeles, consagrar España a María y restaurar el voto de Santiago.⁵³

El lugar elegido para la consagración de España a la Virgen sería la basílica del Pilar, reforzando todavía más el rol preeminente de este culto dentro de la cultura política nacionalcatólica. Además, progresivamente se asoció su devoción a la figura del dictador, un caudillo mesiánico que traía el renacimiento de la España eterna:

“España se presentó ante el Pilar bendito, destrozada, sangrante, pecadora y con clamor salido de lo más hondo de su pecho, hizo protestas de su amor, de su fervoroso anhelo de renovarse.

La España que nace, la que acaudilla el invicto general Franco, la que quiere recoger la vieja savia de nuestras gloriosas tradiciones para que inspire a los forjadores del nuevo imperio, recordando que es de María, que de entre sus hijos salieron los adalides marianos por excelencia, renovó su consagración a la dispensadora de todas las gracias”.⁵⁴

El texto de consagración tenía un carácter bastante violento y remitía una vez más a la idea de Guerra Santa ya que tras recordar la

⁵⁰ EN, 23.08.1936.

⁵¹ Ver EN, 9.10.1936.

⁵² Sobre todo después de la conquista de Toledo, ciudad icono de una autorizada tradición católica, Franco asciende a la categoría de caudillo mesiánico. Ver Giuliana di Febo, “La Cruzada y la politización de lo sagrado. Un Caudillo providencial”, en Javier Tusell, Emilio Gentile y Giuliana di Febo (eds.), *Fascismo y franquismo cara a cara: una perspectiva histórica*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2004, pp. 83-97.

⁵³ Alfonso Álvarez Bolado, *op.cit.*, pp. 110-111 y 143-145.

⁵⁴ *Boletín Eclesiástico Oficial del Arzobispado de Zaragoza*, 15.06.1937, pp. 129-134, p. 129

importancia del culto a la Virgen para el ejército español, pasaba a pedirle el acierto de Franco, la victoria del ejército y el sostén de la “Iglesia martirizada y santa” para que no “decaiga el valor que exige la constante violencia de tan santa contienda”. El acto terminaba diciendo “acelera, Madre Nuestra, el triunfo de nuestras armas, para que se cumpla en nuestra amada Patria el designio del Sumo Pontífice Pío XI, de “la paz de Cristo en el Reino de Cristo”.⁵⁵

Cuando las tropas franquistas se encontraban centradas en cerrar el frente del norte, los republicanos realizaron una gran ofensiva sobre Zaragoza. Entre el 24 de agosto al 6 de septiembre de 1937 se produjo la batalla de Belchite, que a pesar de saldarse con una derrota para los franquistas, no alcanzó su objetivo principal, la conquista de la capital aragonesa, y supuso un coste muy elevado tanto en material como en hombres. Las tropas del general Sebastián Pozas se quedaron a 12 kilómetros de la conquista de la principal ciudad sublevada junto con Sevilla, una ciudad que a su alto valor estratégico unía el “excepcional contenido simbólico para los católicos españoles”.⁵⁶ Además, esta victoria alejaba definitivamente el fantasma de la guerra de Zaragoza y suponía el desmoronamiento del frente del este con la conquista por las tropas franquistas de toda la provincia el 1 de abril de 1938. Acontecimiento que, como no podía ser de otra manera, se celebró en la Santa Capilla del Pilar “en acción de gracias por haber sido completamente liberada la provincia de Zaragoza de la opresión marxista”.⁵⁷

Tras la conquista de Vinaroz, el territorio republicano quedó dividido en dos, alejando definitivamente el frente de guerra de la capital aragonesa.⁵⁸ Aunque las tropas republicanas contraatacaron el 25 de julio de 1938 en la conocida como Batalla del Ebro, el 2 de agosto el avance quedó detenido y los frentes se estancaron. Entre tanto, las esperanzas republicanas de una internacionalización del conflicto

⁵⁵ *Ibidem*, p. 133. Estas últimas palabras se basaban en la encíclica de Pío XI que acababa de ser emitida el 19 de marzo de 1937 y en la que con el título *Divini Redemptoris* condenaba el comunismo ateo. Este texto estaba cargado de tonalidades proféticas desde su mismo título con “la promesa de un Redentor divino” atacaba violentamente el comunismo y señalaba que “mientras las promesas de los falsos profetas de un paraíso terrestre se disipan entre crímenes sangrientos y dolorosos, resuena desde el cielo con alegría profunda la gran profecía apocalíptica del Redentor del mundo: *He aquí que hago nuevas todas las cosas (Ap 21,5)*”.

⁵⁶ Alfonso Álvarez Bolado, *op.cit.*, pp. 185-191, p. 185.

⁵⁷ A.G.C.Z., AG4, exp. 13.

⁵⁸ Para la importancia de la lejanía del frente en las fiestas del Pilar de aquel año ver Ángela Cenarro, “Los días de la «Nueva España»: entre la «revolución nacional» y el peso de la tradición”, *Ayer*, nº 51, 2003, pp. 115-134, ver pp. 123 y ss.

quedaron rotas con los acuerdos de Múnich de septiembre de 1938 por el que Alemania se anexionaba los Sudetes. Es en este contexto tan favorable en el que visita la ciudad de Zaragoza para las fiestas del Pilar la ascendente figura del entonces ministro de interior Ramón Serrano Suñer.

Durante su estancia en la capital aragonesa, Ramón Serrano Suñer entregó un manto para la Virgen del Pilar en el que estaba escrito “a Vos, Virgen Santísima, os ofrezco en este manto el Escudo de España - obra de mis amores- suplicando fervorosamente que derramáis vuestras celestiales bendiciones sobre el Imperio que simboliza forjado con tanta sangre de hermanos -héroes y mártires- por la Religión y por la Patria”.⁵⁹ Así, el día 11 de octubre de 1938, el ministro, acompañado de todas las autoridades civiles de la ciudad, fue recibido en la Plaza del Pilar por un público que brazo en alto escuchaba el himno nacional. Tras la ceremonia, el ministro arrodillado ante la Virgen pronunció un juramento similar al de mayo de 1937 pero que hacía todavía más énfasis en la fundación violenta del régimen al pedir que hiciera

“fecunda la sangre de nuestros hermanos caídos por la Patria; que ella sirva sólo a la gran causa de la salvación del destino y de la Historia de España. A la salvación de nuestros valores espirituales, aunque la empresa exija el sacrificio parcial o total de los valores materiales. Haced, señora y madre nuestra, que sirva para crear la segunda, definitiva y eterna unidad de España”.⁶⁰

De esta manera, la imagen del Pilar quedaría progresivamente asociada a los orígenes violentos del régimen franquista. Como señalaba el Arzobispo de Zaragoza, Rigoberto Domenech, a través de esta ceremonia, el pueblo español “presenta a Nuestra Señora sus luchas y combates, sus penalidades y congojas, las amarguras pasadas y las penalidades presentes como expiación de culpas y garantía de enmienda y lealtad futura”.⁶¹ Nos encontramos pues con un pacto de sangre ante la Virgen del Pilar, fundado en el sufrimiento de un pueblo cuyo sacrificio es exigido por la religión y la patria.⁶² Esta interpretación dolorista vendría confirmada con los homenajes que en aquellas fiestas realizaron la Asociación de Caballeros Cautivos de España de la que Serrano Suñer también era miembro por haber sido prisionero.

⁵⁹ *Actos de devoción de la Virgen del Pilar*, Zaragoza, E. Berdejo Casañal, 1939, p. 7.

⁶⁰ *Ibidem*, p. 9.

⁶¹ *Ibidem*, p. 11.

⁶² *Ibidem*, p. 12.

Todas estas ceremonias, como explicaba Santiago Guallar en el sermón del día 12, servían para agradecerle a la Virgen “su amparo y protección en las victorias, que, como hitos gloriosos, marcan la vía triunfal del incomparable ejército de Franco en esta reconquista de la nueva España”.⁶³ El antiguo diputado de la C.E.D.A. sintetizaba perfectamente en la homilía los valores de esta nueva cruzada y los fundamentos violentos de esta nueva España que brotaba de la sangre de los soldados:

“El espíritu de esta guerra, los móviles de esta cruzada son la recuperación de la fe católica, la defensa de la civilización cristiana, la restauración de las santas tradiciones, de los principios informativos de nuestra cultura, de los resortes de nuestra grandeza, rotos, disipados y combatidos por un siglo de liberalismo, de servil obediencia a sectas y poderes secretos y extraños, de egoísmos, de política partidista, de pasiones sectarias, de injusticias sociales generadoras de odios y de luchas.

La nueva España que brota como rosa espléndida de la sangre de nuestros héroes, tendrá la fisonomía y el alma cristiana, sin que nadie, en la hora del triunfo, pueda desfigurar este carácter.

Vuestra conducta, excelentísimo señor, vuestros discursos, vuestra actuación, estos actos de fervorosa piedad que ahora celebramos, son una garantía de que así será, de que la España imperial, una, grande y libre, será la España católica, la España de la Virgen del Pilar y del Corazón de Jesús”.⁶⁴

Si la guerra fue interpretada en un lenguaje violento cargado de reminiscencias religiosas, la victoria necesariamente debía ser comprendida por esta cultura política como culminación de la Cruzada, ofrenda de sangre de mártires, intercesión sobrenatural y expiación por los pecados de España. Nada más conocer la definitiva derrota de los republicanos por el parte oficial retransmitido por Radio Nacional el 1 de abril de 1939, el alcalde fue a felicitar al capitán general de la Quinta Región y luego marcharon “para dar gracias a nuestra excelsa patrona por la Divina Protección que nos ha dispensado durante toda la campaña”.⁶⁵ Cuatro días después, el Ayuntamiento aprobaba que para solemnizar la fecha del 1 de abril, “año de la Victoria” se hiciera

⁶³ *Ibidem*, p. 17.

⁶⁴ *Ibidem*, p. 19.

⁶⁵ A.H.M.Z., Gobernación, Varios, caja 3899, exp. 1072.

constar en el libro de oro de la ciudad la gratitud a la Virgen del Pilar por su protección durante la guerra.⁶⁶

Dentro de las celebraciones de la victoria en Zaragoza, este pacto de sangre sellado a los pies de la Virgen del Pilar fue uno de los elementos clave. A propuesta del concejal alfonsino Juan Manuel Cendoya⁶⁷, el Ayuntamiento homenajeó al ejército franquista a través del cuerpo de Aragón y su general en jefe Moscardó. Siguiendo la estela de Barcelona y Sevilla, y de una manera similar a lo que ocurriría en los festejos de Madrid, Burgos y Valencia, el concejo zaragozano organizó un desfile y una misa por los héroes caídos en la campaña delante de la Virgen del Pilar, “Capitán general de nuestro ejército y excelsa Protectora de nuestra España”.⁶⁸

A la vez que terminaba la guerra, se acababa de configurar su interpretación religiosa y la cruzada milagrosa entraba a formar parte de la tradición pilarista. La victoria de Franco venía a completar un relato construido sobre tres enemigos, los franceses, los moros y el marxismo, que harían a su vez referencia a tres conflictos contemporáneos, la Guerra de la Independencia, el Rif y 1936-1939.⁶⁹ Para el catedrático de Universidad y archivero de la Seo, Pascual Galindo, “la guerra fue bajo el signo de la Virgen del Pilar. Que la Paz y el Imperio -más difíciles aún que la guerra- sean también bajo el sacrosanto signo del Pilar. España, Reino de María. Por Dios y Santa

⁶⁶ A.H.M.Z., Gobernación, Varios, caja 3899, exp. 1090.

⁶⁷ Juan Manuel Cendoya y Oscos. Hijo del tolosano Juan Manuel Cendoya y Echeverría y de Zoila Oscoz, fue un activo católico de la sociedad barcelonesa era miembro de la congregación de la Inmaculada María y San Luís Gonzaga de la misma ciudad. Fue hermano del célebre arquitecto del Palacio Nacional de Montjuich Eugenio Pedro Cendoya y Oscoz. Licenciado en derecho en Barcelona en 1912, ingresó en el Colegio de Abogados de Barcelona y se doctoró en 1913 con una tesis sobre el derecho en el espacio aéreo. Miembro de la juventud maurista se presentó a las elecciones municipales barcelonesas en 1917. Se casó con la zaragozana Teresa Sainz de Avós y Fernández de Mendivil en la capital aragonesa 1928, momento en el que se debió mudar desde Barcelona. Concejal de orientación monárquico-alfonsina y autor de numerosas iniciativas conmemorativas durante la postguerra como la del voto asuncionista del Ayuntamiento, el voto pilarista de las regiones españolas o de homenaje a los caídos. Juan Manuel Cendoya y Oscos *El Derecho del dominio sobre el espacio aéreo*, Barcelona, Imprenta A. Arissa, 1914. Ver *La Vanguardia*, 7.08.1917; 16.04.1915; 19.10.1917; 27.11.1924; 28.02.1928; y 1.04.1975.

⁶⁸ Sin embargo, ante la dificultad de realizar una parada en el Pilar se hizo una misa de campaña con un altar presidido por la Virgen. A.H.M.Z., Gobernación, Varios, caja 3899, exp. 1186. El concejal Cendoya también propuso, antes de terminar la guerra, el 8 de marzo de 1939 que se diera “sabor cristiano a esa conmemoración” y por ello, pidió que se fundaran misas en el Pilar desde las 6 de la mañana hasta la una de la tarde por “el descanso de los caídos que a nuestra patrona ofrendaron su vida”. El 30 de diciembre de 1939, se consigno 1870 pesetas para este fin. A.H.M.Z., Gobernación, Varios, caja 3899, exp.737

⁶⁹ Pascual Galindo Romea, *La Virgen del Pilar y España. Historia de su devoción y su templo*, Zaragoza, El Noticiero, 1939, pp. 47-54.

María hacia el Imperio. Como en los mejores tiempos, como nuestros mejores héroes...”.⁷⁰ Como veremos en la cercana conmemoración del XIX Centenario de la venida de la Virgen del Pilar en 1940, el relato pilarista se saturó de referencias a la guerra. Los que vinieran a partir de ese momento lo harían “para mostrar la gratitud que España debe a su señora y reina”, “para orar por el Caudillo y por todos los españoles”, “para orar por España para que sea una en la fe y en la concordia; grande en sus empresas y destinos; libre, con la libertad que Cristo nos dio” y “para prometer que la sangre de nuestros mártires y de nuestros héroes no será estéril y que queréis haceros dignos de ella...”.⁷¹

Al terminar la guerra, casi todo el mundo había pasado a ser al menos superficial y retóricamente más católico y más fascista que nunca. Los falangistas se presentaban como fervientes católicos e incluso tradicionalistas.⁷² En ese año cero de 1939, “todas las esferas de la vida se vieron teñidas por un nacionalismo y un catolicismo extremos, simbolizados en la persona del propio Caudillo”.⁷³ Algunos observadores tan poco sospechosos de ser críticos con el régimen como el Marqués de la Cadena⁷⁴ reprobaron este excesivo patriotismo y pidieron alguna iniciativa que pusiera “un límite, un cauce, al rebasamiento de las formas patrióticas” con el fin de “que el entusiasmo de los de buena fe o la cuquería de los conversos no desborde los límites de lo prudente y del patriotismo sano se pase «chauvinisme» de oportunidad”. De hecho, estos comentarios estaban fundados en el profundo desdén aristocrático que mostraba por los que consideraba unos advenedizos, por aquella falange plebeya:

“¿Y de dónde ha salido esa equivocación de saludar brazo en alto a todos los estandartes de una procesión o al paso de la Custodia? Ante Dios, en la calle o en el templo, que es su casa, se descubre uno o se postra de rodillas. Eso hicimos siempre los católicos, y creíamos que

⁷⁰ *Ibidem*, p. 58.

⁷¹ *Ibidem*, pp. 5-6.

⁷² Ismael Saz, *España contra España...op.cit.*, pp. 158-161.

⁷³ Michael Richards, *Un tiempo de silencio. La guerra civil y la cultura de la represión en la España de Franco, 1936-1945*, Barcelona, Crítica, 1999, p. 8.

⁷⁴ Abogado, periodista y escritor monárquico, católico pilarista y afiliado a Derecha Aragonesa y al efímero Bloque Nacional de Calvo Sotelo. Miembro destacado de la élite social y cultural zaragozana de los años 40, fue consejero de la Institución «Fernando el Católico», académico de la Real Academia de Nobles y Bellas Artes de San Luís, y fundador del grupo “La Cadiera”. Para su perfil biográfico ver Gustavo Alarés López, *Diccionario biográfico de los consejeros de la Institución «Fernando el Católico» [1943-1984]. Una aproximación a las elites políticas y culturales de la Zaragoza franquista*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2008, pp. 277-280.

hacíamos bien sin esperar lecciones de los que ahora se creen más católicos que nadie, más patriotas que nadie...”.⁷⁵

Evidentemente, no todas estas demostraciones de nacionalismo exaltado eran sinceras, el ambiente represivo de la posguerra condicionó la respuesta de muchos de aquellos que podían ser considerados como “desafectos”. En otras ocasiones era el propio contexto triunfalista el que exageraba el éxito de tales manifestaciones patrióticas. En este sentido, cabría señalar las limitaciones de las políticas de captación de las masas durante el primer franquismo, unas políticas cuyos frutos estarían más relacionados con el destierro violento de lo político y con la inculcación de los valores nacionalcatólicos a través de la educación de las generaciones de posguerra. Estas limitaciones fueron especialmente evidentes con respecto a Falange. Encargada de la vertiente social del régimen, su capacidad de generar consenso estuvo limitada por las pésimas condiciones de vida durante los primeros años de posguerra y por su asociación con la violenta represión local. De esta manera, “la debilidad del partido como organización de masas sólo pudo ser compensada con la utilización de los medios de comunicación de masas, convertidos en instrumento de gobierno y de reafirmación del *Caudillo*; sirvió para mantener cohesionados a los propios y presentar una fachada de normalidad, pero no para atraer a sectores antes distantes”.⁷⁶

A pesar del proceso de catolicización del fascismo español, la relación entre la cultura política nacionalcatólica y fascista no estuvo exenta de conflictos. Los enfrentamientos más conocidos a nivel nacional también tuvieron su plasmación a nivel local aunque sólo salieran a la luz de forma ocasional. De hecho, en Aragón, los estudios de Ángela Cenaarro sólo han podido documentar las tensiones entre el jefe provincial de FET, Ruiz Castillejos, y el arzobispo de Zaragoza, Rigoberto Domenech, a propósito de la enseñanza.⁷⁷

El principal campo de batalla fue el de la cultura y la educación.

⁷⁵ Marqués de la Cadena, *Entre Rojos y entre azules*, Zaragoza, Editorial Heraldo de Aragón, 1939, pp. 209-210.

⁷⁶ No obstante, tampoco se dieron las condiciones objetivas internas y externas para que el disenso y/o rechazo derivaran en oposición. Carme Molinero, *La captación de las masas. Política social y propaganda en el régimen franquista*, Madrid, Cátedra, 2005, pp. 187-207, p. 202.

⁷⁷ El conflicto no duró mucho ya que Falange buscó la conciliación participando en la suscripción para levantar una iglesia en el barrio de Delicias en el homenaje al 25 aniversario de Domenech al frente de la diócesis. Ángela Cenaarro Lagunas, *Cruzados y camisas azules. Los orígenes del franquismo en Aragón, 1936-1945*, Zaragoza, Pressas Universitarias de Zaragoza, 1997, pp. 234-261.

Aunque en principio la Universidad constituyó un medio hostil, con un cuerpo docente rígido y conservador que apoyó el golpe pero que se mostró reacio a adoptar los postulados nacionalsindicalistas; la incipiente elite fascista fue afianzándose en posiciones de poder. En 1936 se constituiría el Servicio de Instrucción y Cultura, que en 1940 pasaría a ser Delegación de Distrito de Educación Nacional y que se configuraría como un organismo cultural de Falange paralelo al Ministerio de Educación Nacional.

El núcleo zaragozano sería uno de los más activos, fundando en 1943 la Institución «Fernando el Católico», una de las más poderosas instituciones culturales regionales y una plataforma perfecta para consolidar sus carreras académicas en la Universidad de Zaragoza. A través de estos resortes de poder y prestigio, se fue consolidando en la capital aragonesa “un grupo de afinidad generacional, social, y sobre todo política”. Además, a lo largo de la década de 1940 esta élite fascista comenzó a incorporarse a las instituciones políticas locales como el Ayuntamiento, logrando un predominio azul en 1946, y el control de la Diputación Provincial. Así, aunque fracasara su intento por establecer una educación popular estatal y nacionalsindicalista, aquellos intelectuales falangistas alcanzaron los resortes del poder local, asegurándose su presencia en la Zaragoza franquista con el control de organismos tan poderosos como la Institución «Fernando el Católico».⁷⁸

En cualquier caso, lo que sí parece que se puede afirmar es que la pátina nacionalcatólica era mucho más profunda que la falangista ya que disponía de una cultura política profundamente arraigada, con unos medios de difusión y unas prácticas rituales más socializadas, ancladas en el difícil terreno de lo cotidiano. Las celebraciones por la victoria no

⁷⁸ Para la pugna por la educación ver Miguel Ángel Ruiz Carnicer, *El Sindicato Español Universitario (SEU), 1939-1965. La socialización política de la juventud universitaria en el franquismo*, Madrid, Siglo XXI, 1996, pp. 31-47. Para el caso zaragozano ver *Id.*, “El Sindicato Español Universitario (SEU) del distrito de Zaragoza durante la Guerra Civil (1936-1939)”, en *Jerónimo Zurita*, nº 53-54, 1986, pp. 79-99; *Los estudiantes de Zaragoza en la Posguerra. Aproximación a la historia de la Universidad de Zaragoza (1939-1947)*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 1989, pp. 35-39; Gustavo Alares López, “La génesis de un proyecto cultural fascista en la Zaragoza de posguerra: la Institución «Fernando el Católico»”, en Ignacio Peiró Martín y Guillermo Vicente y Guerrero (eds.), *Estudios históricos sobre la Universidad de Zaragoza. Actas del I Encuentro sobre Historia de la Universidad de Zaragoza*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2010, pp. 373-381, para la primera cita ver p. 376; *Id.*, *Diccionario biográfico de los consejeros de la Institución «Fernando el Católico»*, 2008, pp. 5-61; e *Id.*, “Zaragoza 1940: flores fascistas en el erial”, en *VI Encuentro de investigadores sobre el franquismo. Zaragoza, 15,16 y 17 de noviembre de 2006*, Zaragoza, Fundación Sindicalismo y Cultura, 2006, pp. 289-299.

hicieron sino acentuar “esta borrachera nacionalcatólica” como en la impresionante ceremonia del 20 de mayo de 1939 en la que Franco entró bajo palio para ofrecer su espada victoriosa ante el Cristo de Lepanto.⁷⁹ El obispo de Salamanca y futuro primado, Enrique Plá y Deniel, tras hacer un balance de la teología y exaltación de la cruzada entre 1936 y 1939 consideraba que el agradecimiento a Dios por la victoria debería perpetuarse a través de tres monumentos: el Cerro de los Ángeles, la basílica de Santa Teresa en Alba de Tormes y la basílica del Pilar.⁸⁰

⁷⁹ Para la idea de borrachera de nacionalcatolicismo en las celebraciones de la victoria ver Hilari Ragner, *op.cit.*, pp. 389-405; asimismo para una descripción del *Te Deum* ver Julian Casanova, *La Iglesia...*, *op.cit.*, pp. 203-214 y Alfonso Álvarez Bolado, *op.cit.*, pp. 399-401.

⁸⁰ Citado en *Ibidem*, p. 422.